

re que la sociedad participe de la regeneracion, quiere que sea un medio que coadyuve y facilite la santificacion y glorificacion del hombre, y esto hace por medio de la Religion. Véamoslo. Jesucristo, por medio del Catolicismo, regenera y engrandece la sociedad humana, y la conduce á la verdadera felicidad. Esta proposicion desenvolveré si os dignais prestarme atencion.

PRIMERA PARTE.

El hombre no se basta á sí mismo. En su constante deseo de perfeccionarse, de elevarse á mayor grandeza y más sólida felicidad, siente la necesidad de unirse á otros para multiplicarse y multiplicar los medios de llegar al fin. El Criador ha depositado en su seno el instinto de su insuficiencia al lado de aquel deseo insaciable, y de este modo ha hecho de él un sér esencialmente religioso y sociable, para que su misma naturaleza le haga buscar en Dios y en sus semejantes, en su padre y en sus hermanos, lo que en sí mismo y por sí mismo no puede hallar. Bajo el primer punto de vista ya le hemos considerado en otro discurso: fijémonos hoy en el segundo.

No entremos, sin embargo, en el exámen del origen de las sociedades, sobre el que tantas páginas se han escrito, inútiles casi todas, perjudiciales no pocas. Esto se explica por el orgullo del hombre, que quiere darse razon de todo por sí mismo, y atribuirlo todo á creacion suya. El origen de la sociedad está en la naturaleza, está en Dios. Apenas criado el primer hombre, dice el Señor: No es bueno que esté solo, hagámosle ayuda se-

mejante á él (1). Hace á la mujer, y al presentarla al hombre y establecer su union, dice que serán dos en una carne (2), dos unidos como uno solo, y añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, dominadla haciéndola servir á vuestro bien (3). Esto exige sociedad, union que, multiplicando las fuerzas, facilite el éxito, mediante la direccion del que es cabeza de la sociedad. Esta doctrina, dice Balmes, es tan clara, tan sencilla, tan conforme á la naturaleza de las cosas, que no se explica fácilmente por qué se ha disputado tanto. El hombre se alimenta, porque sin esto moriria; se viste, se guarece, porque sin esto sería víctima de la intemperie; vive en familia, porque no puede vivir solo; las familias se reunen en sociedad, porque no pueden vivir aisladas; y reunidas en sociedad, están sometidas á un poder público, porque sin él serian víctimas de la confusion, y acabarían por dispersarse ó perecer. ¿Qué necesidad hay de inventar teorías para explicar hechos tan naturales? ¿Por qué se ha querido sustituir las cavilaciones de la filosofía á las prescripciones de la naturaleza? (4)

La sociedad no cambia la naturaleza del hombre: cada uno conserva en ella los sentimientos que en el fondo de su corazon ha depositado el Criador; y estos sentimientos vienen á formar con la reunion que los multiplica, una necesidad, una aspiracion, un sentimiento social de inexplicable fuerza. Hé aquí por qué la Religion, primera pasion del hombre individuo, lo es tambien del hombre sociedad, y se hace condicion indispensable de su vida, como que es el lazo más natural y

(1) Gen. II, 18.

(2) Id. id., 24.

(3) Id. I, 28.

(4) Balmes, Filosofía elemental: Etica, c. 18.

más fuerte de la vida social. Podrá encontrarse un individuo irreligioso, pero jamás un pueblo, una sociedad sin religion (1). Ya antes dijo Plutarco ser más fácil encontrar una república sin leyes, y una ciudad sin murallas, sin edificios y sin magistrados, que un pueblo sin sacrificios y sin religion (2). Un altar ha sido siempre la piedra fundamental de todo pueblo. El hombre, desde que mira á Dios como su Padre, mira como hermanos á sus semejantes. Dios es el autor de la sociedad, como es el Criador del hombre; y ni el hombre ni la sociedad pueden prescindir de la accion de Dios sobre ellos.

Ahora bien: desordenado el hombre por la prevaricacion primera, no pudo menos de suceder lo mismo á la sociedad: corrompido aquel en sí mismo, degradado, y víctima del mal por el desorden de sus pasiones, la sociedad, formada de miembros degradados y corrompidos, se vió presa tambien del mal, y sumergida en un mar de tinieblas y de miserias, á cuya ribera no pudiera jamás abordar para encontrar la luz y la felicidad apetecida. No es posible, hermanos, y me apartaria hoy del plan que me he propuesto, recojer en los escritos de los filósofos antiguos y de los críticos modernos la descripcion de ese estado social del mundo, y de los esfuerzos impotentes de las naciones para salir de él. Lo que digimos hablando del hombre en particular, es aplicable en un todo á lo que ahora nos ocupa; porque la sociedad es un sér colectivo en que los hombres dejan de ser individuos para convertirse en miembros, y en que todos mutuamente responden unos de otros, cada uno vive la

(1) *Balmes*, Filosofía elemental, Etica, c. 18.

(2) Si totum orbem peragres, invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus; at urbem sine templis, sine diis, nemo reperit, reperietque. (*Plutarch. advers. Colot. Epic.*)

vida de todos, y todos se interesan y resienten de la vida de cada uno. La sociedad, como el individuo, necesitaba una restauracion, una regeneracion, y esto hacia llamar al libertador esperado, *el Deseado de las naciones*.

El que formaba, pues, la esperanza de la humanidad en su desgracia, el que habian anunciado los profetas, y todos los pueblos invocaban y deseaban como su libertador, el Hijo de Dios, viene á la tierra y se manifiesta al mundo. He venido, dice, á dar testimonio de la verdad (1), á buscar y salvar lo que habia perecido (2), á hacer que los hombres tengan vida y vida más abundante (3), á restaurar el universo, segun el plan de la eterna Sabiduría (4). ¿Cómo lo hace? ¿Arrancará de raiz el árbol de la sociedad antigua, la destruirá por completo, arrojando al aire sus despojos, ó prescindirá de ella con desprecio, y formará una sociedad distinta en sus elementos? No, Señores. El Profeta habia dicho que su espíritu y su accion sería suave, comparándole al que sentando su pié sobre caña cascada no la rompe, y sobre mecha que humea no la apaga. De esta manera, dice, promulgará la justicia á las naciones, y por ello las islas esperarán su ley (5). Así como en la regeneracion del hombre no destruye ni cambia su naturaleza, sino que le comunica una sávia, un espíritu nuevo y superior, ingertándole de sí mismo; y como en la reforma de la ley judáica tampoco la destruye, sino que la perfecciona (6), así hace tambien en la sociedad. Era obra de

(1) Joann. XVIII, 37.

(2) Luc. XIX, 10.

(3) Joann. X, 10.

(4) Ephes. I, 10.

(5) Isai. XLII.

(6) Matth. V, 17.

Dios, pero se habia viciado: sus elementos conservaban el sello de obra divina, pero el hombre habia introducido en ellos la corrupcion, habia edificado sobre los cimientos divinos, resultando una obra monstruosa. Por ello, conservando lo que era suyo, tiende Jesucristo á hacer desaparecer lo que era del hombre, inoculándole un principio vital que restaure la obra y la haga digna de su autor. ¡Cuán propio es de Dios este modo de proceder! ¡Cómo acredita su omnipotencia, su sabiduría y su bondad, que, con fuerza á que no es posible resistir, llega al logro de sus fines, disponiendo los medios con admirable suavidad (1).

Es la sociedad reunion de séres semejantes, que formando un cuerpo moral, dejan de ser individuos para ser miembros, á fin de auxiliarse mutuamente en la consecucion de un objeto. Todos llevan á ella los tres focos de la vida del hombre: la inteligencia, el corazon y los sentidos; sus ideas, sus sentimientos y sus acciones, para que de su union resulte la idea, el sentimiento y la accion social, de inmensurable potencia para conseguir la aspiracion de todos, que es la aspiracion de cada uno. La aspiracion de cada uno, ese impulso irresistible impreso en el hombre por la mano del Criador, es la felicidad, término á que se refieren todas sus ideas, objeto de todos sus sentimientos, resultado que busca en todas sus acciones. Para alcanzarla necesita el hombre elevarse sobre sí mismo, ser más de lo que es, agrandarse, multiplicarse, por así decirlo, y esto naturalmente le lleva á la asociacion, condicion indispensable del progreso. Por ello se une á Dios por la Religion, á fin de encontrar en la multiplicacion de sus luces y de sus fuerzas, por la

(1) Sap. VIII, 1.

luz y la fuerza de Dios, el medio de llegar á la felicidad eterna, y se une á sus semejantes, á fin de hallar en la multiplicacion de sus medios, por los de estos, la potencia necesaria para llegar á la felicidad de la vida presente.

Esta felicidad, lo mismo para el individuo que para la sociedad, no es mas que la tranquilidad del orden, en el cual está la perfeccion (1). Donde hay desórden hay mal estar, inquietud, falta de felicidad, y por lo mismo hay esfuerzo para lograr un estado mas perfecto. La esencia del orden es la unidad, porque el fin y el objeto del orden es unir. Donde no hay unidad, hay separacion, division, oposicion, choque, desórden y desgracias (2). La unidad reclama la armonía de las partes entre sí y en sus relaciones con el todo, y la unidad social exige que cada individuo esté ordenado con respecto á su familia, cada familia con la sociedad particular á que pertenece, cada sociedad particular con la gran sociedad del género humano, y el mismo género humano con respecto á la sociedad general de los séres inteligentes, cuyo supremo monarca es Dios.

Ahora bien: siendo la sociedad, bien la consideremos en lo que tiene de mas elemental, la familia, bien en lo que llamamos pueblos y naciones, una reunion de individuos; siendo la idea y el sentimiento social en sí mismos y en sus efectos un compuesto de las ideas y sentimientos individuales; la sociedad será siempre lo que sean estos elementos que la forman. Ellos establecen las

(1) Pax hominum ordinata concordia..... Pax civitatis, ordinata imperandi atque obediendi concordia civium..... Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis. Ordo est parium dispariumque rerum sua cuique loca tribuens dispositio. (*S. August.*, de Civit. Dei, lib. XIX, cap. 13.)

(2) Balmes, *Filosofia elemental*; Etica, cap. 17.